

El hambre del mañana

Gelber Yecid Roa Pinto

Docente Institución Educativa Rural Jordan Guisia

Mientras el hambre aparece y se manifiesta repentinamente en una actividad cotidiana que ameritaba toda la atención posible, la mente se incrusta en aquella sensación de escozor ubicada en el estómago, es el cuerpo que grita y se posiciona como el más fuerte, la mente solo presta atención, escucha y analiza para buscar aquello que se necesita, evalúa posibilidades, acude a alternativas previamente aprendidas y dirige ahora su energía a la satisfacción necesaria, rápida y efectiva de esta pausa obligatoria.

En la búsqueda rápida y acudiendo al medio circundante hay una posibilidad, una posibilidad casi olvidada en lo más profundo del morral que siempre acompaña las faenas laborales y los viajes que se emprenden, en el fondo, al meter la mano encuentro aquello que buscaba, una fruta de color verde, llena de sabor, aroma y dispuesta para un momento como el que está aconteciendo, solo con mirarla, el cuerpo reacciona de inmediato, la saliva hace presencia y llena mi boca, su olor aparece instantáneamente y sin pensar, olvidando el tiempo que llevaba aguardando, silenciosa pero presente y haciendo caso omiso a la necesidad de lavarla, la llevo a la boca y de un mordisco las más amplias, enormes, vastas, máximas y explosivas sensaciones embargan mi cerebro, el dulce de la vida y la energía compactada en algo que cabe en una sola mano, llena toda mi atención, embarga la existencia y condensa el mundo en un instante.

La fuerza con la que se apacigua el instinto es igual o más grande aun que la naturaleza que le da vida, una y otra proporcionan la respuesta efectiva y, en este caso, más deliciosa que se ha tenido, es indescriptible dicha experiencia, en un abrir y cerrar de ojos aquella amalgama de energía y masa se convierte en nada, es engullida mientras la sensación de hambre se difumina, y otra vez el cuerpo reacciona a lo que la mente le ordena enfocarse, terminar las tareas pendientes y emprender unas nuevas.

Aún no acaba, en mi mano derecha, luego en la izquierda, y sin saber dónde dejarlo, se encuentra un corazón, despojo real de lo que fue y evidencia física del medio que mitigó una necesidad, ahora, incluso un desperdicio habla y se manifiesta, dentro de él se esconde algo mucho más significativo, varias semillas que guardan la memoria inmortal de la esencia de la fruta desaparecida.

Cada semilla reclama con su presencia una oportunidad y esconde en sí misma una riqueza inmensa, todas ellas con el mismo valor, creadas con las mismas características, pero una era diferente, tenía impreso el deseo de vivir, una pequeña raíz ya se asomaba buscando arraigarse y ser parte de algo más grande, más próspero, más poderoso, que le posibilite y catapulte su valor e importancia, que multiplique al infinito su posibilidad de vida, de existencia, de exuberancia, permitiéndole convertirse en la nota musical que se repite en la melodía de un mundo cuyo autor, siendo la naturaleza, imprime y escribe en el pentagrama de la historia y del tiempo.

Como un regalo fue ofrecido este acto de impertinencia, de querer vivir y crecer, de germinar desde el interior, no solo de la fruta que la albergaba, sino del morral que la escondía y de la necesidad que satisfacía. Con ansiedad e incredulidad observé esta presencia que expedía vida y reclamaba una posición, sin embargo, en vano fueron sus gritos, una vez observada, al aire y con fuerza fue lanzada y mientras caía, sin importar el lugar, simplemente me sumergí en mis tareas cotidianas.

Tierra, agua, le dan la bienvenida y un sitio indeterminado que ahora alberga la insolencia del querer nacer, buscando con ello existir más allá de lo que otros hubiesen pensado como destino, pronto, muy pronto, la semilla se levantó por encima de la tierra que la sepultaba, el sol hacía su parte y la invitaba a salir, a danzar y dejar de ser lo que era, para convertirse en algo aún más grande, con un verde profundo que impacta a primera vista.

Ahora dicha semilla se encuentra suspendida en el aire, soportada por un pequeño tallo que busca absorber y sostenerse con fuerza en su medio, mientras que con el tiempo y casi imperceptible para quien se detiene perplejo a observar dicho milagro. La semilla se parte por la mitad dejando ver lo que posteriormente serán unas hojas, la semilla ahora se convierte en dos hojas redondeadas que dejarán de ser para darle paso a la naturaleza expresada con toda su fortaleza y torneada por un halo de misterio, regocijo y esperanza.

La semilla ya dejó de ser lo que era, ahora robusta, fuerte, enérgica y rebosante de vida ofrece belleza, sombra, alimento, se convierte en hogar de muchas otras especies, brinda abrigo, protección, oxígeno, un atractivo aroma, múltiples figuras que bailan al ritmo del viento y un agradable espacio alrededor de sí para compartir y disfrutar de aquello que le fue entregado, saluda a los transeúntes, especialmente a uno, a aquel que sin siquiera percatarse, sin intención alguna, propició y continuó con aquella cadena de acontecimientos y consecuencias que muy pocos han visto llegar hasta el fin.

Niños, jóvenes, adultos y viejos se postran y comparten, se unen y encuentran en aquel árbol, la vida, el sentido y el significado de todo aquello que los rodea, se regocijan ante una naturaleza que solo da, incluso cuando se le es arrebatado todo cuanto tiene, esa es la verdadera naturaleza de hacer parte de un mundo y un universo.

La naturaleza se expresa en los detalles y así como la vida germina de algo tan pequeño casi imperceptible para saciar el hambre, también puede aparecer en algo aún más pequeño: el reclamo y la fuente, que podrían generar hambrunas que le recuerdan a la humanidad su condición de anfitrión, de huésped y de ser efímero, que solo le resta dejar un mejor mundo para aquellos que están por nacer.